

EL ESPACIO Y LOS PUEBLOS EN LA NUEVA ESPAÑA *

I

Luis González y González, papá orgulloso de una intensa generación de estudios académicos sobre temas regionales realizados en los colegios de provincia, recientemente hizo esta observación: “Escasean [entre los humanistas capitalinos] las obras serias que ofrecen una visión global de algunas de las múltiples regiones y de los varios estilos socioculturales del país. Las más son monografías que brotaron de cementerios de papeles y libros y van que vuelan a otras tumbas; unos son hojaldres de vana curiosidad y otros de teoría nebulosa. Pocos son frutos magníficos”.¹ *Los pueblos de la Sierra*, de Bernardo García Martínez, debe contarse entre esos “magníficos frutos” de historia regional, a que hace referencia don Luis, aunque haya sido cultivado en la capital del país.

García Martínez es un explorador que traza el mapa de terrenos poco conocidos. Primero, eligió una zona marginal, pero étnica y geográficamente compleja, en una época sobre la que hay muy poca documentación (la zona corresponde aproximadamente al actual territorio administrativo de la Sierra Norte de Puebla), y se propuso estudiarla, en gran medida, a partir de fuentes inéditas. Después, abandonó su cubículo de la ciudad de México para ver esa tierra por sí mismo; documentó las descripciones y la informa-

* Bernardo GARCÍA MARTÍNEZ: *Los pueblos de la Sierra: El poder y el espacio entre los indios del norte de Puebla hasta 1700*. México, El Colegio de México, 1987, 424 pp., ISBN 968-12-0373-9.

¹ *Boletín* 14 (El Colegio de Michoacán, 1989), p. 11.

ción sobre el lugar mediante sus viajes de descubrimiento y las enriqueció con sus fotografías del paisaje y los asentamientos (por desgracia, todas las reproducciones de las fotografías, excepto la de la cubierta, son deficientes). Y, por último, buscó un nuevo camino hacia la historia temprana de los indios bajo el régimen colonial, concentrándose en la idea de que las regiones son espacios integrados que se superponen y están sujetos al cambio y estudiando dónde vivía la gente y en qué tipo de asentamientos, cuáles eran sus movimientos, sus lealtades, sus rutas de viaje y comercio y los lugares y los personajes centrales. Las primeras páginas contienen algunas referencias a las ciencias sociales (destaca entre ellas el análisis del lugar central, de Walter Christaller), pero no hay un modelo teórico único que ordene la descripción y el análisis. En el enfoque ecléctico y, a menudo, inductivo, el autor rastrea las crónicas escritas hasta las montañas, valles y llanuras en busca de patrones de cambio.

La introducción previene al lector contra la idea que el visitante casual se puede hacer de los pequeños poblados del norte de Puebla como un mundo aislado, inalterado. El gran logro del libro es hacer que esa advertencia esté siempre presente; su mérito es proporcionar un fuerte sentido de la cronología y el cambio en lo que esencialmente son procesos sociales de *longue durée*, para los que es difícil documentar los cambios y situarlos en el tiempo. A diferencia de estudios anteriores, que afirman la existencia de grandes cambios pero apenas los documentan de manera general, y de otros más recientes, basados en gran parte en fuentes en lenguas nativas que ponen el énfasis en las continuidades, García Martínez se interesa específicamente en los cambios que las sociedades indígenas experimentaron después de la conquista.

Su historia de los indios se centra en los *altepeme* (denominados "señoríos" o "pueblos" por los españoles en el siglo XVI) en cuanto matriz de la organización local. Los *altepeme* o pueblos constituían un territorio político y una identidad social coercitiva organizados en torno a una élite gobernante hereditaria. En la época precolonial, desde el punto de vista espacial, los miembros de esas unidades territoriales se encontraban dispersos y segmentados más que centralizados. A pesar de que la conquista española introdujo en la vida india grandes cambios que llevaron al desastre demográfico, a los trastornos en la producción y el comercio locales, a la centralización, y a la integración en un sistema colonial en evolución, durante el siglo XVI la organización política de los *altepeme* conservó una notable continuidad que sirvió para preservar los an-

tiguos límites territoriales e identidades. Encomiendas, corregimientos y primeras parroquias fueron establecidos en los *altepeme* existentes en una época en que había pocos colonizadores españoles en el área y en que la presión que ejercían sobre las tierras indias era poca.

En los inicios del siglo XVII se produjo un “profundo reordenamiento espacial” en dos planos: 1) las poblaciones indígenas dispersas fueron concentradas, conforme al programa colonial de congregación o formación de núcleos, en cabeceras situadas dentro de los antiguos *altepeme*, y 2) las ciudades coloniales, haciendas y centros mineros canalizaron gente, bienes y poder por nuevas rutas e incorporaron a los indios, individualmente y en grupo, en redes más amplias. Valiéndose de series de documentos provenientes de los ramos de *Indios*, *Mercedes* y *General de Parte* del Archivo General de la Nación, el autor del estudio ubica las congregaciones, las mercedes de tierra y el desarrollo de una población no india que reorientó las energías de los indígenas y generó respuestas radicales. Debido a lo incompleto de los registros, es difícil corroborar la historia de la integración espacial de decenas de *altepeme* a lo largo de dos siglos, pero un cambio particularmente espectacular está documentado de manera brillante. Se trata del abandono de la antigua ruta olmeca que iba de la costa al altiplano a través de los territorios serranos de Teziutlán, Tlatlauquitepec y Zautla en favor de otra que atravesaba los antes vacíos llanos de Atzompa. Entre los cambios que se sucedieron, se encuentra el desplazamiento de indios de la sierra hacia los llanos como trabajadores temporales, colonos de congregaciones y residentes de poblados no indios.

Ambos aspectos del nuevo orden fomentaron la centralización, pero la historia de tales cambios debe buscarse en las diferentes maneras en que fueron experimentados localmente, incluyendo las desviaciones que requieren ser matizadas y una evaluación de lo que sucedió después. A lo largo del libro se presta una cuidadosa y ponderada atención a aquellos contrapuntos de transformación y resistencia al cambio que matizan los cambios simples y lineales y cuestionan las generalizaciones fáciles. El autor demuestra que la acción centralizadora de los Habsburgo fue más intensa de lo que podrían sugerir la “primitiva” estructura colonial de gobierno indirecto que los Habsburgo impusieron y el contraste que generalmente se hace entre ellos y los Borbones. Las características centralizadoras y, al mismo tiempo, heterogéneas de la historia colonial temprana aparecen claramente cuando el autor presenta la tendencia hacia la fragmentación de las unidades políticas indias en el

marco de la tendencia general a la centralización y la homogeneización. La identidad del *altepetl* o pueblo podía, por ejemplo, ser compatible con las congregaciones al mismo tiempo que la formación de núcleos aumentaba las tensiones internas.

Durante el siglo XVII y principios del XVIII, la reordenación espacial de los *altepeme* o pueblos provocó profundos conflictos internos y divisiones políticas. Las cabeceras y los sujetos coloniales lucharon por el poder político a medida que otros sujetos se volvían más grandes y prósperos que las cabeceras designadas para sede de las autoridades y reclamaban para sí la autonomía de las cabeceras y doctrinas. Los cargos de cacique y gobernador podían volverse tan onerosos y conflictivos que algunos líderes hereditarios decidían no ejercer sus derechos políticos y otros eran suplantados por rivales advenedizos. En suma, los linajes nobles que encarnaban la identidad del *altepetl* se debilitaron grandemente y la sociedad indígena sufrió una progresiva homogeneización y fragmentación. El resultado fue un campesinado rural completamente mezclado con la creciente población no india. Esas divisiones y separaciones fueron producto, en parte, como lo reconoce García Martínez, del orden "bipolar", político y económico, de los *altepeme* precoloniales (que, probablemente, habían experimentado sus propios conflictos internos y separaciones). Al hacer notar las relaciones precoloniales entre esa zona y los estados del valle de México, el autor también trae a colación otro profundo antecedente histórico de esos desarrollos coloniales: que los "imperios" posclásicos obraron para debilitar las lealtades étnicas particularistas de las élites locales de regiones distantes, interviniendo en los conflictos internos para favorecer a una facción de la nobleza local. Esas facciones se volvieron a la vez más poderosas localmente y más dependientes de la Triple Alianza.

La descripción que se hace del cambio regional es necesariamente incompleta. El autor señala con franqueza las lagunas en sus frentes y los aspectos del tema que parecen inescrutables o que exigen más investigación ("la oscura y confusa historia de estos pueblos", llena de "circunstancias diversas que no podemos precisar", como dice en la p. 285), tales como la falta de estudios arqueológicos y fuentes escritas sobre las estructuras precoloniales de la región, la información fragmentaria sobre los cambios demográficos, la falta de documentación seriada sobre las cuestiones de la tierra y la mano de obra, y la ausencia absoluta de información sobre la vida individual de los indios, con excepción de unos cuantos nobles distinguidos. Es posible que algunas de esas lagunas se pu-

dieran llenar con los protocolos, los registros de procesos civiles y criminales (que quizá se encuentren en los ramos *Civil* y *Criminal* del Archivo General de la Nación, así como en los archivos estatales, municipales y parroquiales, si sobreviven los de ese temprano periodo), los juicios de residencia y otras investigaciones administrativas ordenadas por el Consejo de Indias.

En los casos en que la falta de documentación es suplida por amplias lecturas del autor sobre la historia colonial de otras regiones, es inevitable que haya una cierta subapreciación de las particularidades locales. La completa homogeneización de la sociedad indígena local, por ejemplo, es inferida parcialmente por el autor con base en el estudio de Charles Gibson sobre el valle de México, región con una historia precolonial y colonial sustancialmente diferente. ¿Acaso es seguro que la colonización española llevó a una homogeneización irreversible de las condiciones coloniales y que no pudieron surgir complejidades y desigualdades sociales en las comunidades indias? Así, en la discusión, resulta más claro el rumbo que tomó el cambio en el norte de Puebla que su extensión. Con todo, *Los pueblos de la Sierra* ofrece pruebas históricas abundantes para explicar las congregaciones como un cambio permanente, si bien incompleto, para ilustrar las disputas faccionales y los movimientos separatistas, mientras la población indígena declinaba o se mantenía estacionaria. Todas éstas son pruebas que cambiarán nuestra manera de pensar sobre la vida política y social indígena de la colonia antes del siglo XVIII.

En este libro, así como en su buena síntesis sobre la historia de México,² Bernardo García Martínez parece contemplar el curso de la historia de los *altepeme* o pueblos desde el punto de vista de un profundo deterioro —como “desintegración”, “desmembramiento”, “decadencia” y “homogeneización” de la vida política y social (punto de vista que parecería aplicarse mejor a los linajes nobles situados en el vínculo del *altepetl* o pueblo). Hacia principios del siglo XVIII, los altepeme o pueblos habían quedado reducidos a colectividades menores y más simples, en las que el término “pueblo” ya sólo significaba apenas algo más que “poblado”, un “lugar de casas” (p. 305). Aunque el autor reconoce que esas unidades menores retuvieron propiedades territoriales importantes, habla de una simplificación radical que redujo a los indios de la colonia a “una sociedad campesina generalizadamente empobre-

² GARCÍA MARTÍNEZ, *Historia mexicana*. Editorial Everest Mexicana, México, 1984, pp. 79, 80, 110.

cida”, “meras comunidades campesinas” y “entidades insignificantes [...] llenas de pleitos y debilidades”.³ Estas sucintas caracterizaciones no son suficientes para explicar la fuerza de la identidad de los “pueblos” menores de finales del siglo XVIII, que a menudo los hizo entidades políticas viables capaces de actuar de manera decisiva en favor de sus intereses corporativos (así como faccionales). En cambio, van más allá de los matices de su discusión, al principio del capítulo 7, al tratar los cambios que tuvieron lugar en la organización y la identidad locales durante el siglo XVII.

García Martínez contrapone el profundo deterioro y desintegración de los pueblos a la posibilidad de su reconstitución en miniatura a través, especialmente, de los vínculos religiosos locales. El autor considera el templo local y las actividades rituales que se llevaban a cabo en él como el elemento integrador de mayor importancia (“centro funcional de la colectividad política”, p. 294) en esas comunidades cada vez más simples y reducidas de los siglos XVII y XVIII. Sugiere que los sujetos que rompieron con sus cabeceras y con la identidad política más amplia del *altepetl* se expresaron a sí mismos colectivamente en la construcción y mantenimiento de su propia iglesia, en la adopción de un santo patrono y en la participación en cofradías. Esto último constituye un campo de investigación prometedor, pero que no queda completamente explorado. La historia de las cofradías —cuándo y dónde fueron fundadas, quién perteneció a ellas, qué propiedades poseían— está en gran parte ausente de este estudio. ¿Es porque las cofradías fueron menos importantes en esa región de lo que se supone, o porque la documentación no sobrevivió o no ha salido a la luz? Quizá las respuestas se encuentren en los archivos parroquiales, así como en los expedientes de los juzgados eclesiásticos y los registros de las visitas pastorales en los archivos diocesanos. La información existente en las diócesis vecinas sobre las cofradías indígenas coloniales concuerda razonablemente bien con la cronología propuesta en este libro sobre el debilitamiento de la identidad de los *altepeme* o pueblos —fundaciones hechas en los sujetos, al igual que en las cabeceras, durante los siglos XVII y XVIII, y asociación estrecha con cultos locales de la Eucaristía (cofradías del Santísimo, en las que poblados enteros contribuyeron al sostenimiento de misas regulares en la iglesia local que pudieran sustituir la asistencia de los domingos a la cabecera), así como del santo patrono.

³ GARCÍA MARTÍNEZ, *op. cit.*

Al hacer resaltar el culto de los santos patronos en los sujetos separatistas, se podría tergiversar el poder de integración de la práctica religiosa fuera de esas localidades inmediatas. En la práctica religiosa existieron tendencias compensatorias que hicieron salir a la gente de sus pueblos y dieron sostén a identidades más amplias, incluyendo probablemente el propio *altepetl*. Una de esas tendencias, difícil de documentar en el caso de la Nueva España, es el desarrollo de las rutas y destinos de las peregrinaciones.

Aparentemente, muchos de los santuarios que abrigaban objetos milagrosos —como las “cruces encontradas” preservadas en capillas e iglesias parroquiales cerca del Lago de Chapala, en Jalisco y Michoacán— atraían a peregrinos de otras comunidades de las cercanías, pero no se convirtieron en destinos provinciales importantes.

Otra tendencia integradora de la práctica religiosa colonial, más fácil de estudiar desde el punto de vista espacial, es la concordancia entre los límites parroquiales y los de los antiguos *altepeme*, corregimientos y áreas separatistas del siglo XVII. Las parroquias de las órdenes regulares del siglo XVI eran comparativamente más grandes y quizá correspondían más a los territorios de los *altepeme*, encomiendas y corregimientos, mientras que las parroquias del clero diocesano —muchas de las cuales fueron establecidas a finales del siglo XVI— eran generalmente más pequeñas y en ocasiones se sobreponían de manera arbitraria a los antiguos límites para crear unidades de unos 400 tributarios. Es probable que esos territorios de las parroquias seculares hayan complicado todavía más la identidad del *altepetl* o pueblo, pero eran considerablemente mayores que la mayoría de los poblados y grupos dispersos que adoptaban un santo patrono y construían una iglesia. Sería sorprendente que la sede de la parroquia y su santo patrono no siguieran siendo una parte importante de la vida religiosa y política de las localidades menores. Desde luego, esto constituye una historia complicada con variaciones en el tiempo y el espacio. No todas las parroquias mayores de las órdenes regulares fueron secularizadas de un solo golpe. En los decenios de 1570 y 1580 hubo una primera oleada que dejó a los regulares a cargo de, quizá, la mitad de las parroquias de Nueva España —Puebla experimentó una segunda ola en los años 1640 bajo el obispo Palafox—; pero quizá el 40% de las parroquias de las diócesis de México, Guadalajara y Michoacán seguían siendo administradas por franciscanos, dominicos y agustinos cuando se inició la segunda gran ola de secularización, en 1749. Otra complicación es que los sujetos separatistas podían lograr mucho de lo

que querían, sin convertirse en sede de una nueva parroquia, si convencían al obispo de que nombrara a un vicario “de pie fijo” u otro ayudante residente.

Los pueblos de la Sierra es una historia regional con una visión global, un análisis histórico en gran escala y ricamente elaborado del cambio en la vida comunitaria de los indios durante el periodo colonial temprano. Presta atención tanto al cambio como a la continuidad, y lo hace de tal modo que revela la dirección e importancia del cambio. Éste es un estudio que desafiará e inspirará futuras interpretaciones; además, su ingreso en el vital tema de la reorientación espacial es especialmente novedoso y merece ser emulado. En resumen, este libro es un verdadero vademécum de pistas y cuestiones clave para el estudio regional de los indios bajo el régimen colonial en el corazón de la Nueva España, y una rica fuente para hacer comparaciones con otras regiones de la América española.

Traducción de Mario A. ZAMUDIO

William B. TAYLOR
University of Virginia

II

Entre los méritos que reúne el libro de Bernardo García Martínez debemos destacar, en primer término, el hecho de haber abordado el estudio de grupos étnicos que, a diferencia de aquellos asentados en el valle de México, en Oaxaca o en Yucatán, han merecido escasa atención en la historiografía. Se trata de los pueblos de indios localizados, desde tiempos prehispánicos, en la alta cuenca del río Tecolutla, en un espacio que, en términos generales, coincide con lo que hoy se llama la Sierra Norte de Puebla. Ese espacio ha carecido, en general, de “identidad” propia, terminando siempre por ser anexado a las “tierras altas” o a las “tierras bajas”, según los intereses de cada autor.

En segundo lugar, nos interesa señalar un aspecto de su enfoque que marca una importante línea de trabajo. Desde el comienzo, el autor destaca la ruptura y la discontinuidad existentes entre las formas de organización prehispánica (y de los momentos iniciales del periodo colonial) y aquellas más recientes, expresando su escepticismo frente a las reminiscencias consideradas “muy antiguas”. A partir de este enfoque, dos problemas emergen como esenciales para el historiador: por un lado, determinar cómo y por qué ha cambiado esa sociedad; por el otro, situar esos cambios en el tiempo.

La sociedad indígena aparece así, en el análisis de García Martínez, como dinámica y cambiante, capaz de dar respuestas creativas a los cambios que se operan fuera de ella. En este sentido, la consideración de la conquista europea —que afectó en todos los campos al mundo indoamericano— como un verdadero “parteaguas” en la historia de la mayoría de los pueblos indios parece correcta; pero, pese a ello, y como destaca el autor, sería erróneo suponer que esa sociedad cambió *sólo* como respuesta a la conquista o que *todas* las transformaciones se remontan a ella (p. 20). Las comunidades indígenas actuales son, en realidad, más bien un producto de la época colonial tardía y han sido menos permanentes y estables de lo supuesto.

Hemos destacado estos aspectos porque se contraponen —a nuestro juicio correctamente— a algunas tendencias que han predominado en muchos trabajos de tipo etnohistórico en los que el vuelco hacia análisis cada vez más puntuales y acotados y, fundamentalmente, de un empirismo llevado a sus últimas consecuencias, conduce a que cada comunidad estudiada acabe por convertirse en un universo en sí misma, a que sus rasgos particulares alcancen un valor absoluto y se ignoren los lazos que la vinculan a unidades más extensas. Al mismo tiempo, la influencia de enfoques funcionalistas y estructuralistas da a estos trabajos un carácter esencialmente ahistórico. Esta ahistoricidad permite crear, a partir de ciertas continuidades funcionales, entidades recortadas y abstraídas del tiempo —las comunidades indígenas— que no parecieron haber sufrido cambios significativos desde la época prehispánica o, al menos, desde la conquista.

Profundamente interesado en la geografía histórica, García Martínez otorga especial importancia a dos aspectos, “a algunas cuestiones relacionadas con la estructura espacial y con la organización política” (p. 29). Pese a depender esencialmente de información proveniente de las tierras altas del centro de México y a carecer casi de documentación de origen local, el autor reconstruye en un capítulo inicial, con base en las fuentes conocidas y a un amplio manejo de la bibliografía, la historia prehispánica de la región que ha delimitado como su objeto de estudio.

Su análisis del carácter y de la conformación particular de la misma le permite poner en juego su concepción histórica y dinámica del concepto de región. Aquí, la situación geográfica aparece como fundamental para entender su historia. Verdadero puente entre la costa y el altiplano, la sierra fue definiendo su identidad y su carácter justamente en ese papel de nexo entre las dos regiones

más significativas de la historia prehispánica; ese papel se inició ya en el preclásico, cuando la sierra parece haber desempeñado un papel clave en la expansión de elementos olmecas hacia las tierras altas.

Desde entonces, los vaivenes históricos y el surgimiento (y la caída) de los distintos centros de poder (Teotihuacan, Tula, Texcoco y finalmente Tenochtitlan en la cuenca de México; Cholula, en el valle poblano, y más tarde los señoríos tlaxcaltecas; los huastecas y El Tajín, en la costa) fueron impulsando distintos reordenamientos del espacio que, aunque de diferente modo, afectaron a la región de la sierra y determinaron los peculiares rasgos de cada una de sus partes. La integración de la sierra a esos centros de poder no fue uniforme y las influencias de todo tipo fueron más o menos marcadas según la posición que cada parte tuviera en los distintos reordenamientos espaciales.

En tales reordenamientos tuvieron especial importancia, como lo muestra el autor, las distintas rutas que, desde el preclásico, vinculaban a las tierras del altiplano (interesan aquí en particular la cuenca de México y el valle poblano-tlaxcalteca) con las tierras bajas: por un lado, la ruta a Tuxpan, ligada esencialmente a la porción norte de la cuenca de México; por otro, vinculada al espacio poblano-tlaxcalteca, se encontraba la ruta que unía a la región del alto Atoyac, a través del alto Apulco, con las tierras bajas.

Ambas rutas determinaron porciones bien definidas de la sierra (el autor las denomina occidental y oriental, respectivamente) que, en la medida en que son las más conectadas al altiplano, son también aquellas sobre las que se dispone de mayor información. Una tercera parte, la llamada septentrional, permaneció en cambio marginal (una imagen que, obviamente, tiene que ver con el origen de la documentación), culturalmente totonaca y vinculada más bien a la costa, en especial a El Tajín, durante el periodo de apogeo de este centro.

García Martínez intenta, paralelamente al análisis de su conformación espacial y de la vinculación de cada una de sus partes a distintas tradiciones culturales, incluso reconociendo las dificultades que ello entraña, definir los componentes étnicos y lingüísticos de la población serrana, determinar su origen y los momentos en que tales componentes entraron en juego en la región. Si tal empresa parece —y sólo parece— más sencilla con respecto a los elementos nahua más tardíos, no lo es para los momentos anteriores. Por su misma situación, la sierra debió ser afectada, desde muy temprano, por distintos movimientos de población de diferentes orígenes sufriendo, al mismo tiempo, la influencia cultural y lingüística de

las áreas vecinas, áreas cuya historia no es, desde luego, sencilla.

Así, distintos elementos culturales y diferentes lenguas desfilan ante nosotros y se entremezclan y combinan de múltiples maneras. Esto lo reconoce expresamente García Martínez (pp. 37-38); de allí que cualquier intento de vincular lenguas, rasgos étnicos y migraciones de pueblos resulte demasiado arriesgado y, en todo caso, no puede pasar del carácter de hipótesis: en particular, cuando nos manejamos con información lingüística muy tardía, con tradiciones históricas ajenas, antiguas y a menudo interesadas, y con información arqueológica escasa e insuficiente. Por otro lado, resulta metodológicamente objetable identificar lengua y cultura (o bien, tal vinculación debería probarse históricamente en cada caso). Tales dificultades son bien conocidas, por ejemplo, por los historiadores del mundo clásico que han intentado reconstruir las tempranas migraciones de los griegos. De todos modos, dos elementos quedan claramente expuestos y son inobjetables: en primer lugar, el carácter dinámico y polifacético de la historia de la sierra, una historia cuyo conocimiento podrá aportar elementos importantes para la de las regiones vecinas; en segundo término, lo complejo y cambiante de su composición étnica y lingüística.

El otro aspecto que interesa al autor es el referido a las estructuras políticas. Aquí resulta difícil ir más allá de los momentos finales de la historia serrana prehispánica. El carácter de tales estructuras, que siguieron siendo fundamentales durante toda la primera etapa colonial, las vincula claramente al mundo náhuatl, un mundo cuya expansión se inició con Tula y culminó con Tenochtitlan, cuando la cuenca de México alcanzó su mayor predominio y control sobre la región serrana. Las mismas instituciones nahuas que constituyen la base de la estructura política del altiplano parecen haberse implantado en la sierra, al menos en aquellas partes más vinculadas, esto es, la oriental y la occidental. Así, la definición y análisis del *altepetl* (señorío o reino), al que el autor considera como la expresión más acabada de la organización política mesoamericana, y de sus *tlahtoque*, o señores, ocupan en la obra un importante y justo lugar. Su comprensión parece fundamental para entender la organización política de la primera etapa colonial: no todo fue destruido por la conquista y, según el autor, "su continuidad [de los *altepeme*] permite tender un puente entre la época prehispánica y la novohispana, y su subsistencia fue fundamental para el desarrollo de los proyectos colonizadores de los españoles" (p. 66).

A partir del segundo capítulo, García Martínez realiza un interesante estudio de los diversos aspectos que caracterizaron la

“dominación primitiva” y la colonización española en el área estudiada, destacando sus especificidades pero haciendo, al mismo tiempo, constante referencia al ámbito general de la realidad novohispana. El autor pone aquí en evidencia un exhaustivo conocimiento de la bibliografía sobre el tema y aporta un original e inteligente análisis de una amplia documentación que incluye tanto las tradicionales colecciones documentales editadas como materiales de diversos fondos documentales del exterior y de México, sin faltar una minuciosa labor en los archivos municipales y parroquiales de la región.

La obra nos presenta las distintas instituciones que formaron parte de los procesos de conquista, colonización y evangelización —y en forma más amplia, de aculturación— de los pueblos mesoamericanos, a través de un análisis que penetra las realidades estudiadas, destacando su propio dinamismo, pero siempre atendiendo a la interrelación que se produce entre los pueblos indios y los elementos “exógenos”, la que se expresa en múltiples formas de resistencia, perduración y cambios. Así, vemos configurarse un “nuevo mapa de la sierra” a partir de un reordenamiento de la estructura espacial producto de la interrelación entre la concepción europea del espacio y la prehispánica (cap. 3). Este nuevo mapa, que supone subsistencias e innovaciones, se conformó a partir de las congregaciones de la población indígena y se estructuró alrededor de los nuevos centros de poder de carácter mestizo (como Zacatlán o San Juan de los Llanos) que surgieron al calor de la colonización española.

Tocamos aquí otro aspecto del enfoque histórico de García Martínez al que ya hicimos referencia, pero que nos interesa resaltar especialmente. Su libro, centrado en la observación de un espacio concreto, constituye una valiosa contribución al estudio de la problemática regional. En efecto, si bien afirma que no se propuso realizar una historia regional sino un estudio de los *pueblos indios* localizados en un determinado espacio, el autor presenta un análisis histórico de *las regiones* que integraron ese espacio; esto es posible por el concepto mismo de región al que se adhiere expresamente y que define como “un espacio cambiante y determinado por la cultura, y por lo mismo histórico, ligado desde luego al medio físico por no definido por él” (pp. 24-25).

En el análisis espacial, la clave interpretativa que el autor maneja se basa en el fenómeno de la *centralidad*, es decir, en “la formación de un espacio privilegiado por el desempeño de funciones que por su importancia para una colectividad pueden calificarse como

centrales” (p. 23). Y, como lo demuestra con el estudio de diversos casos, “la concentración, centralización o dispersión de funciones centrales da pie a diversos ordenamientos espaciales” que, en algunas situaciones, se expresan en “la formación, consolidación o fragmentación de núcleos políticos o de identidad colectiva” (p. 24). Este reordenamiento de la estructura espacial del área estudiada y la redefinición de sus regiones no constituyeron una experiencia propia del desarrollo del mundo colonial; como acertadamente afirma y muestra el autor, también en la época prehispánica la sierra vivió “intensas transformaciones derivadas de las ocurridas en el conjunto mesoamericano” (p. 108).

Uno de los aspectos más interesantes de este proceso de reordenamiento espacial, puesto de relieve por García Martínez, fue la colonización de la Bocasierra, que supuso una verdadera “revolución espacial” en la que tanto las relaciones entre españoles e indios como las propias condiciones del mundo colonial fueron delineando nuevas regiones, a la par que perdía sentido el espacio configurado por la red de relaciones prevalecientes en el mundo prehispánico.

Por otra parte, el análisis atento a la dinámica de la sociedad nativa rescata las distintas formas en que se expresó la respuesta indígena a estas mutaciones. Así, el autor describe diversas situaciones en las que se pone de manifiesto cómo los pueblos de indios, que no tuvieron posibilidad de rechazar las congregaciones, pudieron influir, sin embargo, en la forma en que se efectuaron los movimientos. Al mismo tiempo, el estudio resalta los distintos conflictos —implícitos en la propia dinámica de los pueblos— que afloraron al modificarse las relaciones tradicionales: disputas de tierras, segregaciones de pueblos... Y, por supuesto, tampoco escapa a su observación la típica respuesta individual que tiene por protagonistas a los “indios huidos”.

Los efectos de estos desplazamientos de pueblos e individuos fueron considerables y alimentaron un proceso de mestizaje étnico y social cuya trascendencia fue mayor de lo que suele suponerse en este tipo de regiones “aisladas”. De este modo, el autor recrea y explica los diversos hechos o fenómenos que afectaron, de manera directa o indirecta, a esos complejos cuerpos políticos que encarnaron los *altepeme*: la concentración demográfica, la redistribución de funciones centrales, la redefinición de límites, la crítica de la legitimidad, la disidencia política, la creciente movilidad social.

En síntesis, la obra constituye un excelente análisis de las transformaciones —de las supervivencias y de los cambios— que se ope-

raron, a lo largo de dos siglos de dominación y colonización, en las relaciones de poder y en las estructuras espaciales de la Sierra Norte de Puebla y que significaron el fin de los *altepeme* prehispánicos, el surgimiento de los nuevos pueblos de indios y centros mestizos y la configuración de una nueva estructura espacial que respondía a la lógica del sistema colonial. Si uno de los objetivos centrales que se propuso el autor fue "el de contribuir al logro de una correcta evaluación de lo que es 'antiguo' y lo que es 'moderno' en el mundo de los indios", su historia de esos pueblos y regiones "sin historia" logra satisfacer las expectativas del lector y del estudioso de esas realidades sociales.

El libro incluye, además, nueve apéndices con información sobre las encomiendas y mercedes de tierra otorgadas en el área de estudio, cifras sobre la evolución demográfica de diversos pueblos durante los siglos XVI y XVII, un listado de las cabeceras con sus sujetos y datos sobre la producción regional y la fragmentación de los pueblos de indios (pp. 307-380); además presenta una interesante cartografía que permite visualizar los cambios en el reordenamiento espacial operados en el área.

El doctor Bernardo García Martínez es profesor-investigador del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México. La obra reseñada es producto de varios años de investigación previos y posteriores a la primera versión de este trabajo, presentada como tesis doctoral en la Universidad de Harvard, en 1980. En 1989 fue galardonada por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia con el premio "Silvio Zavala" al mejor libro de historia de América editado en México, en un justo reconocimiento a la originalidad de su enfoque y al valor de su aporte historiográfico que se ha expresado en una narración rigurosa pero a la vez ágil y con una calidad literaria poco común en los trabajos de historia.

Juan Carlos GROSSO-Raúl José MANDRINI
IEHS/UNCPBA-CONICET
Tandil, Argentina